

Tras las huellas de Horacio Quiroga: el viaje a Misiones en 1949

(Informe al director del INIAL)

Emir Rodríguez Monegal

Presentación

La ley n.º 11.032, promulgada el 12 de enero de 1948, creó el Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios (INIAL) sobre la base de los antecedentes que había dado lugar la labor cumplida por la Comisión de Investigaciones Literarias en los años inmediatamente anteriores. Bajo la presidencia honoraria de Roberto Ibáñez, dicha comisión trabajó fundamentalmente en torno al archivo de José Enrique Rodó, legado al Museo Histórico Nacional y a la Biblioteca Nacional por la última hermana sobreviviente del escritor.

El mismo Ibáñez fue designado director honorario del INIAL como muestra de reconocimiento y apoyo a los estudios y concepciones metodológicas de investigación sobre la producción literaria nacional que había puesto en marcha. Sin embargo, como ya tenía planificado un largo viaje a Europa con una beca otorgada por Enseñanza Secundaria y declarado en misión oficial por el Poder Ejecutivo, alguien debía sustituirlo mientras durara su ausencia. El elegido, Carlos Alberto Passos, funcionario del Museo Histórico y cronista de actividades culturales, asumió como director interino el 23 de junio de 1948 y desempeñó sus funciones hasta los primeros meses de 1950.

Emir Rodríguez Monegal, que ya se proyectaba como un crítico de fuste y desde las páginas del semanario *Marcha* había elogiado con fervor la gestión de Ibáñez y destacado la importancia de los archivos literarios en el ámbito cultural, fue contratado por Passos como investigador del Instituto a principios de julio de 1948, muy poco después de haberse hecho cargo de la dirección.

En ese marco se lo designó como delegado del INIAL ante la Comisión Nacional de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. Pero su primera y principal tarea en contacto directo con los materiales vinculados a escritores con los que ya se contaba en el ámbito estatal, consistió en la ordenación de los archivos pertenecientes a Horacio

Quiroga y Julio Herrera y Reissig, lo que le permitió familiarizarse con técnicas de naturaleza documental.

Del legajo del Instituto, que se conserva en el Archivo Literario de la Biblioteca Nacional, resulta que Rodríguez Monegal procedió a revisar el inventario de la donación Herrera y Reissig (ofrecida en su mayor parte por la viuda del poeta, Julieta de la Fuente), al fichaje primario del archivo y al relevamiento de su «itinerario bibliográfico». También se ocupó del registro de las piezas que se habían incorporado al Archivo Horacio Quiroga, provenientes de las donaciones de Ezequiel Martínez Estrada y de Darío Quiroga, hijo del escritor, y se abocó a la preparación de la edición anotada del *Diario de viaje a París* (cuyos originales Martínez Estrada había entregado al Instituto) y a la corrección de las respectivas pruebas de imprenta con destino a la *Revista del INIAL*, cuyo único número se terminó de imprimir en marzo de 1950.

Además de la publicación del referido *Diario de viaje a París*, que poco después habría de darse a conocer también como edición independiente de la revista,¹ la gestión más significativa que Rodríguez Monegal emprendió en el marco de sus tareas como investigador del Instituto fue su traslado a Posadas, Misiones, donde Horacio Quiroga había residido y escrito parte muy importante de su obra. El informe al director, del 25 de mayo de 1949, que se publica por primera vez a continuación, le sirvió como base para una nota titulada «Con los desterrados de Horacio Quiroga»,² más tarde convertida en uno de los capítulos de su libro *Las raíces de Horacio Quiroga*, bajo el título «En Misiones, con los desterrados».³

El 3 de mayo del mismo año (1949) había realizado un viaje preliminar a Buenos Aires donde entrevistó a Ezequiel Martínez Estrada y a Darío Quiroga. Al primero ya lo había visitado otro investigador del INIAL, José Enrique Etcheverry, y en esta oportunidad Martínez Estrada confirmó a Rodríguez Monegal lo que le había adelantado a su compañero de tareas:

El ilustre escritor me recibió [en su casa de la calle Lavalle 166, 6.º A] con suma cortesía y aunque fue muy breve la entrevista no desperdió ocasión de reiterarme los motivos de [su] decisión de entregar al Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios los preciosos manuscritos y documentos de Horacio Quiroga que obraban en su poder.

¹ Montevideo: Número, 1950.

² *Marcha*, n.º 532. Montevideo, 23 de junio de 1950, pp. 24-23.

³ Montevideo: Asir, 1961, pp. 105-114.

Ya en el informe de mi compañero D. José Enrique Etcheverry —quien iniciara esta misma gestión— ha quedado constancia de ellos.

Este primer informe lleva fecha del 10 de mayo de 1949 y da cuenta precisa de los detalles del encuentro, casi como si fuera una narración o una crónica periodística más que una relación burocrática:

Antes de entregarme las piezas, D. Ezequiel Martínez Estrada las examinó cuidadosamente encareciéndome el valor de muchas. Con verdadera emoción recordó, al azar de la conversación, algunos rasgos de Quiroga y evocó algunos momentos de su vida en común. Ante mi ofrecimiento de lacrar algunas cartas, demasiado íntimas, que hice en nombre del señor Director, me contestó que no era necesario; que confiaba ampliamente en la discreción de quienes las manejarían en el Instituto, y observó, además, que de la única persona que Quiroga hablaba con cierta libertad que podría resultar ofensiva —su colaborador, D. Samuel Glusberg—, estaba enterado del contenido de la alusión por habérsela comunicado el mismo D. Ezequiel Martínez Estrada.

En relación con Darío Quiroga, la reunión prevista tuvo como propósito organizar el viaje a Misiones y se desarrolló en estos términos:

El jueves 5, después de reiteradas comunicaciones telefónicas sin éxito, pude localizar a D. Darío Quiroga y me encontré con él en el Hotel Richmon [sic]. El objeto de mi misión era planear el futuro viaje a San Ignacio, para fotografiar los lugares que habitaba Horacio Quiroga y los que sirvieron de marco a muchos de sus cuentos, así como rescatar todo documento y relevar toda información que pudiera enriquecer el Archivo de Horacio Quiroga. Trazamos un plan y fuimos hasta la oficina del ferrocarril a Posadas. Al día siguiente, viernes 5 fui de mañana a casa de D. Darío Quiroga quien me hizo entrega de algunas ilustraciones para cuentos de Horacio Quiroga, obra de diversos artistas, y de algunos otros documentos que aún conservaba y con los que completaba su donación. Entonces nos despedimos hasta el viernes 13.

La donación a la que se hace referencia se había concretado a principios de ese año, en una ceremonia celebrada el miércoles 12 de enero en el local de la Biblioteca Nacional (ubicado entonces en Eduardo Acevedo 1475), donde funcionaba también el INIAL,

con la presencia del Ministro de Instrucción Pública, Oscar Secco Ellauri, y el propio donante, Darío Quiroga, que había viajado desde Buenos Aires como invitado del Estado uruguayo y al día siguiente pronunció una conferencia sobre su padre en el Paraninfo de la Universidad.

Las gestiones que concluyeron de ese modo, con tal repercusión, se remontaban al año anterior y formaban parte de la estrategia que el dinámico director Passos había definido y puesto en práctica para acrecentar el acervo literario del Instituto, en una línea similar a la promovida por Ibáñez. En una primera instancia, como ya fue indicado, José Enrique Etcheverry fue el portavoz de las encomiendas a cumplir en la capital argentina, encomiendas que tuvieron como destinatarios, en lo que a Quiroga refiere, además de Darío y del mencionado Martínez Estrada, también a la viuda y a la hermana del escritor, María Elena Bravo y María Quiroga de Forteza, respectivamente, y al pintor Carlos Giambiagi.

Para la nueva etapa fue Emir Rodríguez Monegal el encargado de estrechar relaciones con Darío Quiroga y procesar información vinculante *in situ* en el territorio de Misiones, con acento en lo testimonial y lo iconográfico. El director interino del INIAL eligió para esa labor a quien ya estaba al frente de la página literaria de *Marcha* y codirigía la revista *Número*, pero sobre todo apuntaba a ser un gran especialista en el autor de los cuentos misioneros.

En una carta del 10 de mayo de 1949,⁴ Passos le explica al hijo del escritor:

Es portador de la presente, mi querido colaborador Prof. D. Emir Rodríguez Monegal, quien se encargará de testimoniarme personalmente nuestra sincera gratitud, y el cual, en mérito a la profunda versación que posee sobre la figura de Horacio Quiroga, ha sido designado por esta Dirección para llevar a cabo, en compañía de Ud., el detenido relevamiento, que en oportunidad de su gratísima visita a Montevideo conviniéramos en realizar, de los materiales y testimonios pertenecientes o relativos al muy ilustre padre de Ud., que se conservan en el territorio de Misiones. En este sentido, el Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios se complace en depositar su máxima confianza en Ud., y en manifestarle,

⁴ Todas las transcripciones que se incluyen en esta nota introductoria, así como el informe que se reproduce en forma completa fueron tomados de la documentación perteneciente al legajo del INIAL. Archivo Literario, Biblioteca Nacional de Uruguay.

desde ya, las más expresivas gracias por la segura perspectiva de éxito que supone su intervención como guía experto y amable en la tan importante labor a cumplir.

El itinerario del viaje y los comentarios y observaciones consecuentes aparecen registrados por el autor del informe en el propio cuerpo del texto o en sus notas al pie, en las páginas que siguen.⁵

W. P.

⁵ Agradezco al director de la Biblioteca Nacional, Valentín Trujillo y al encargado del Archivo Literario, Lic. Gastón Borges, las atenciones y autorizaciones prestadas para la publicación del presente trabajo.

Montevideo, 25 de mayo de 1949.-

Sr. Director Interino del Instituto Nacional
de Investigaciones y Archivos Literarios

Señor Director:

He concluido la misión que con fecha 9 de mayo me
fuera encomendada para trasladarme al territorio de Misiones
(Rep. Argentina) y que inicié el día jueves 13 del corriente,
trasladándome por vía marítima a Buenos Aires. Cumplo con comu-
nicarle los resultados obtenidos en la misma.

Llegué a Buenos Aires el viernes 13, de mañana.

Después de hacer algunas gestiones personales, me trasladé al
domicilio de D. Darío Quiroga quien ya había recibido el tele-
grama que anunciaba mi llegada. En viaje anterior (véase el
informe elevado el 10 de mayo) ya había reservado los pasajes
en la oficina del ferrocarril, y fuimos a retirarlos. Esa tar-
de, y la mañana del día siguiente, hice algunas gestiones para
obtener una máquina fotográfica, para adquirir roños de peli-
cula y otros objetos de uso personal. Por intermedio del Sr.
Lauro Ayestarán conocí a D. Carlos Vega, ilustre musicólogo ar-
gentino, quien se manifestó dispuesto a prestar al Instituto su
valiosa máquina fotográfica.

El tren que nos conduciría a Posadas, capital del
territorio de las Misiones, partió de Buenos Aires (estación
Chacarita) a las 14 y 30 del día sábado 14. Durante el viaje
-que fué bastante monótono- Darío Quiroga me confió algunos

Primer folio del informe entregado por Emir Rodríguez Monegal
al director interino del INIAL.

Informe al director del INIAL

Folio 1

Montevideo, 25 de mayo de 1949.

Sr. Director interino del Instituto Nacional
de Investigaciones y Archivos Literarios
Señor Director:

He concluido la misión que con fecha 9 de mayo me fuera encomendada para trasladarme al territorio de Misiones (Rca. Argentina) y que inicié el día jueves 13 del corriente, trasladándome por vía marítima a Buenos Aires. Cumplo con comunicarle los resultados obtenidos en la misma.

Llegué a Buenos Aires el viernes 13, de mañana. Después de hacer algunas gestiones personales, me trasladé al domicilio de D. Darío Quiroga quien ya había recibido el telegrama que anunciaba mi llegada. En viaje anterior (véase el informe elevado el 10 de mayo) ya había reservado los pasajes en la oficina del ferrocarril, y fuimos a retirarlos. Esa tarde, y la mañana del día siguiente, hice algunas gestiones para obtener una máquina fotográfica, para adquirir rollos de película y otros objetos de uso personal. Por intermedio del Sr. Lauro Ayestarán conocí a D. Carlos Vega, ilustre musicólogo argentino, quien se manifestó dispuesto a prestar al Instituto su valiosa máquina fotográfica.

El tren que nos conduciría a Posadas, capital del territorio de las Misiones, partió de Buenos Aires (estación Chacarita) a las 14 y 30 del día sábado 14. Durante el viaje —que fué bastante monótono— Darío Quiroga me confió algunos

Folio 1v.

recuerdos de su padre y algunas anécdotas de su vida, sin que mediara ninguna presión de mi parte. Darío habló conmigo en términos de absoluta confianza por lo que creo oportuno señalar al Sr. Director la conveniencia de conservar absolutamente reservado este informe. Conviene precisar, además, que Darío habló siempre con cierta natural reticencia y casualmente. Es decir: no como quien desea hacer confidencias, sino como quien las

trasmite espontáneamente, al suscitarse un recuerdo, al azar de la reflexión. Entre otras cosas, señaló que su madre, Da. Ana María Cires⁽¹⁾ era hija única; era rubia, de ojos azules. Cuando fueron a reducir sus restos, recuerda Darío, sólo quedaba el cabello y algún huesito. También señala que después de la muerte de su esposa, Quiroga, desesperado, abandonó a los niños, de cuatro y tres años, en manos de la abuela materna. Con ella vivieron un año. Luego regresaron a casa del padre, quien no les permitía visitar a la abuela por lo que los niños iban a escondidas. Al hablar de su relación con D. Isidoro Escalera, dijo Darío: «Fue como un padre para mí». Y luego se rectificó, agregando: «Más todavía, porque los escritores no suelen ser buenos padres». Se manifestó muy reservado a propósito de Jorge Lenoble⁽²⁾ que fuera esposo de su hermana Eglé, y aunque creo que estaba en San Ignacio cuando estuvimos allí, no hizo ninguna mención de visitarlo. Tampoco se refirió directamente a su propio matrimonio. Cuando visitamos la casa de los Cires, en la que vivió con su esposa, encontramos algunas instantáneas

Folio 2

en las que ella aparecía; en una estaba junto a Darío. Sólo por una referencia de D. Escalera que nos acompañaba, supe que se llamaba Lucy. Tampoco fué más explícito Darío sobre la liquidación de sus propiedades. Según parece inferirse de algunas frases aisladas, el campo que pertenecía a la abuela materna fue fraccionado en dos: la parte que lindaba con el pueblo, fue donada a la Gendarmería, y el terreno en que está asentada la casa y que linda con el campo que fue de Horacio Quiroga le correspondió, por el divorcio, a la señora de Darío.

Llegamos a Posadas el lunes 16 a las 7 y 30. Después de trasladarnos al Plaza Hotel y luego que Darío se puso en contacto con algunos de sus amigos, fuimos a dos periódicos locales («El Día», «El Territorio») a anunciar nuestra misión. Nos recibieron muy bien y en las ediciones correspondientes al mismo día se publicó la noticia, en términos elogiosos.⁽³⁾ El director de «El Territorio», D. Humberto Pérez, nos contó una anécdota de Quiroga. Deseaba conocerlo personalmente y se trasladó a San Ignacio, hasta su casa. Quiroga estaba trabajando en el taller. Cuando lo vio, preguntó, brusco:

—¿Qué quiere?

—Quería verlo, le contestó el periodista.

—Bueno, ya me ve, replicó Quiroga, y siguió trabajando.

Eso fue todo.

Más tarde, fuimos a visitar a D. Julio César Sánchez que fuera amigo de Horacio Quiroga y que posee una de las

Folio 2v.

orquídeas cultivadas por el escritor. D. Julio César Sánchez nos cuenta que antes de trasladarse a Buenos Aires para operarse, Quiroga le ofreció una de las flores. Poco después de la muerte del escritor, Sánchez fue a la casa, que estaba completamente abandonada, pidió autorización al comisario encargado, y retiró la orquídea que estaba casi muerta. Tardó tres años en florecer; ahora está muy bien. Tomamos algunas fotos de la orquídea; en una de ellas está con el actual propietario.

Luego nos trasladamos a la Bajada vieja, que conduce al puerto de Posadas. Por allí subían los mensú a derrochar en los cafés todo lo que los patrones les adelantaban por la nueva contrata. En «Los mensú» (Cuentos de amor de locura y de muerte, 1917) ha descrito Quiroga este lugar y los negocios que lo poblaban, verdaderos prostíbulos disimulados bajo las apariencias de cafés. Allí tomamos algunas fotografías de la perspectiva misma y de algunas casas. También fotografiamos a Da. Juana Bogado, viuda de un matón célebre, dueño de uno de esos negocios. Aparece acompañada de una nietita, Juana Beatriz. Darío vivió una temporada en casa de esta señora. Opina que la fotografía no debe publicarse por ahora, ya que podría perjudicarla. También fotografiamos a un grupo de «villenas», mujeres paraguayas de Villa Concepción, frente a Posadas, que esperan turno para que les revisaran los paquetes en la aduana argentina; vienen a vender huevos, gallinas y otros productos que en Posadas escasean. Son, generalmente, contrabandistas de tabaco y de caña.

Folio 3

El martes 17, a las 15 y 30 llegamos a San Ignacio. Es un pueblo en retroceso, observa Darío. Consiste en una larga calle central —que, en realidad, es el camino— cortada por unas diez o doce transver-

sales. A cada lado de la central, hay dos o tres calles paralelas. Nos hospedamos en el «Hotel San Ignacio». En seguida nos trasladamos a la que fué casa de Horacio Quiroga. (En Misiones dirían: la casacué). Su actual propietario es D. Max Böse, quien la alquila a la familia de un gendarme. La casa está sobre una mesetita, en lo alto de una colina que domina el valle del Paraná. Queda de espaldas al pueblo, a una media legua, al borde de un camino que baja hacia el puerto nuevo. (En Pasado amor, 1929, Quiroga describe bastante precisamente su ubicación y sus ventajas.) Después de obtener, sin dificultad alguna, las necesarias autorizaciones entramos en la finca. La casa nueva, de piedra, que Quiroga fue construyendo en varias etapas, se conserva bastante bien, aunque se advierte que ha estado mucho tiempo deshabitada. En la parte posterior de la casa, junto a la cocina, Quiroga estaba construyendo una pileta de natación para María Elena Quiroga Bravo, hija del segundo matrimonio.

De la casa vieja, de madera, se conserva sólo un pedazo del piso de portland. La gramilla que cubría la mesetita y que Quiroga cuidaba con tanto celo, está totalmente abandonada. El actual propietario había descuidado completamente la casa. Los vecinos se fueron llevando lo que pudieron de la casa vieja. Y la costumbre de acampar en la misma mesetita, estropeó lo que que-

Folio 3v.

daba. Fotografiamos la casa nueva desde varios ángulos; el piso de la casa vieja; un gallinero construido por el mismo escritor; y varias perspectivas de la mesetita, con vistas del río Paraná y de los árboles (palmeras, cedros, pinos) que plantara con la ayuda de D. Isidoro Escalera. La mesetita fué levantada por el propio Quiroga, quien hizo un cerco de piedras para sostener la tierra que las lluvias arrastraban. Del pie de la mesetita tomamos una fotografía con la perspectiva que tendría el hombre muerto en el cuento homónimo (Los desterrados, 1926).⁽⁴⁾ Es claro que ahora falta la casa vieja y sobra la nueva.

El miércoles 15 de la mañana, visitamos a D. Isidoro Escalera. Este fue gran amigo de Horacio Quiroga. Su vinculación fue exclusivamente personal. Escalera recuerda: «Nunca me mandó ninguno de sus libros». Pero, es evidente, que Quiroga no contó con otro amigo tan fiel como Escalera, quien le ayudó a levantar su casa, a criar a sus hijos, y después de su muerte, conservó en la medida

de lo posible todo lo que pudo. Escalera vino a Misiones en 1897; actualmente se halla en la miseria. (No pudo almorzar con nosotros en el Hotel porque no tenía ropa adecuada.) Tenía alguna tierra en Misiones pero ha debido vender casi todo. Y lo que le resta produce muy poco. La familia de D. Isidoro, compuesta por su mujer, dos hijos casados y cuatro nietos, vive en una casa de madera y paja que más parece rancho que otra cosa. (En realidad, con D. Isidoro vive el hijo mayor, su esposa y dos hijitos de ambos; la hija casada vive cerca, con su marido

Folio 4

y dos hijitos.) Los Escalera tienen también un galpón rústico que sirve de taller al hijo mayor, Juan Escalera —de la misma edad que Darío—, quien tiene una gran habilidad manual, había construido, casi inventado, un violín que envió a D. Ezequiel Martínez Estrada. (El correo se lo devolvió roto.) Ha tratado de restaurar los objetos de cerámica que fabricara Horacio Quiroga. Como no eran de barro cocido y estuvieron abandonados tanto tiempo, a merced de las lluvias y del calor, en la casa vieja, muchos están completamente deshechos. Darío piensa que algunos se podrían salvar y propone que el Instituto saque copias de bronce que él conservaría a cambio de los originales mismos que está dispuesto a donar. Tomamos algunas fotografías de la familia y de D. Isidoro.

Ese día, y los siguientes hasta nuestra partida, fuimos acompañados por D. Isidoro y su hijo. Constantemente evocaba el viejito recuerdos de Horacio Quiroga suscitados por la conversación o por los lugares que recorriamos. De su palabra, del tono con que habló, surge una amistad profunda y una gran admiración recíproca, que allanaba toda diferencia intelectual y que se expresaba por medio de un trato sobrio y escaso en efusiones. No se debe creer, sin embargo, que Escalera por ser un hombre poco cultivado intelectualmente, es poco inteligente. Por el contrario, posee una inteligencia natural agudísima. Es, además, un gran observador. Darío cuenta que tiene tres especies zoológicas con su nombre, de las que recuerda dos: un parásito de la gallina y un parásito de la

Folio 4v.

gallina y un parásito de las hormigas tambochas, que aquí en Misiones llaman corrección. A pesar de hallarse en la miseria no ha per-

dido su buen humor ni su capacidad de gran narrador de cuentos. Darío asegura que su padre le debe muchas de sus historias.

Volvimos con Escalera a la casa de Quiroga y tomamos nuevas fotografías. Nos trasladamos al campo que queda a la derecha, y que pertenecía también a Quiroga, y allí descubrimos los restos de la caldera de hierro con que el escritor intentó la explotación de carbón. (La aventura está narrada en «Los fabricantes de carbón», *Anaconda*, 1921). Tomamos algunas fotografías. En este mismo campo es que sucede la alucinación del protagonista de «El hijo» (*Más allá*, 1935). Según cuenta Darío, el relato se basa en un episodio de su infancia y salvo la solución es absolutamente auténtico.

El enorme cedro que se ve en una de las fotografías fue plantado por el mismo Escalera. Las palmeras las plantaron con Quiroga. El peón que cavó los pozos para las palmeras le sirvió al escritor de modelo para el protagonista de «Un peón» (*El desierto*, 1924). Escalera cuenta una anécdota ocurrida a Quiroga en el Paraguay. Cruzaron juntos una vez y al pasearse por las calles de Villa Concepción se les acercó un milico roto. Quiroga llevaba en la cintura un cuchillo y el milico se lo arrancó brutalmente. Parece que estaba prohibido portar armas. El oficial de guardia hizo devolver el cuchillo y se disculpó. Pe-

Folio 5

ro Quiroga opinó, como conclusión del incidente: «No vuelvo más al Paraguay». Y no volvió, agrega Escalera.

Luego nos internamos en el monte que está a la de la izquierda de la casa, hasta llegar a la mesetita en que acostumbraba refugiarse Quiroga para escribir sus cuentos. Fue necesario entrar, abriéndose paso a machete. Tomamos algunas fotografías del lugar y del paisaje que se divisa desde allí. De tarde fotografiamos la casa de los Palacios, familia venezolana a la que pertenecía Ana María Palacios que bajo el nombre de Magdalena de Iñíguez figura como protagonista en *Pasado amor* (1929). La muchacha murió joven, cuenta Darío; era asmática. Hoy está instalado en el mismo edificio el correo. Luego nos trasladamos hasta el río, donde alquilamos un bote y tomamos fotografías de las correderas, de las márgenes. Al cruzar frente a un valle recuerda Escalera una curiosa anécdota. Habían salido a cazar, Quiroga, Escalera y los chicos, cuando vieron bajar la montaña, corriendo, un chanco, que se detuvo, súbitamente, a unos

treinta metros. Quiroga opinó: «Hemos venido a cazar y se lo pagaremos al dueño». El perro que los acompañaba salió a perseguirlo y ambos desaparecieron en el monte. Escalera no pudo rastrear las huellas. Preguntaron por los alrededores; nadie tenía chanchos. Escalera, asegura, sin vacilación, que el chancho era un fantasma y que se había tragado al perro.

En ese mismo viaje por el río fotografiamos las correderas que inspiraron el dramático episodio que recoge «En la noche»

Folio 5v.

(Anaconda, 1921), tomamos algunas fotografías de las orillas y del majestuoso Teyucuaré que cae a pico sobre el Paraná. De regreso nos detenemos en el puerto nuevo, en casa de D. Felipe Peralta, quien nos cuenta una anécdota de Quiroga. Conversando con él un día se refirió a unos yuyos que había que arrancar. Quiroga le corrigió: «No diga yuyos. Son plantas que no están en su sitio».

El jueves 19 de mañana, fuimos al puerto viejo y tomamos algunas fotografías de las márgenes y de una cantera que está allí cerca, de donde extrajeron la piedra para la casa de Quiroga. Luego nos trasladamos a la casa de D. Isidoro Escalera y de allí a la casa de la familia Cires. Allí vivió Darío algunos años, después de la muerte del padre. La casa está reformada. Junto al molino de agua, está el viejo Ford, modelo T (de bigote, lo llaman), que usaba Horacio Quiroga. Se le ha construido una casilla de madera para protegerlo y su motor sirve ahora al molino; está prácticamente deshecho, sin ruedas, sin carrocería. Darío está dispuesto a venderlo al Instituto, al precio de plaza.

Almorzamos con Christian Defrancen, que vive en Misiones desde 1903 o 1904. Actualmente tiene unos 79 años. Recuerda algunas anécdotas de Quiroga; por ejemplo, que era muy bueno el vino de naranjas que había inventado. Pero también, recuerda, que Quiroga se cansaba pronto de sus experimentos apenas tenían éxito. Era muy inquieto. Tomamos una fotografía. Después del

Folio 6

almuerzo, vamos a casa de D. Pablo Vandendorp que llegó a San Ignacio en 1892 o 93. Es franco-holandés y habla el español con fuerte acento todavía. Darío observó con razón que parece un personaje de Joseph Conrad. Tiene unos 80 años, le falta un ojo y en

la mano derecha le han amputado dos dedos. Es el original de Luis Van-Houten, del cuento homónimo (Los desterrados, 1926).⁽⁵⁾

El viernes 20 visitamos las ruinas de las misiones jesuíticas que están siendo restauradas. Tomamos algunas fotografías, especialmente del patio central o plaza, del frente de la Iglesia, de los arcos de entrada a la Iglesia, y algunas otras perspectivas. De regreso fotografiamos una casa donde vivió un naturalista que figura en Pasado amor bajo el nombre de Ekdal y cuya esposa, Inés en la novela, juega un papel importante. También fotografiamos el frente de otra casa donde estaba instalado un club social (en realidad, un bar) en el que acostumbraba reunirse, con algunos amigos, Quiroga para jugar interminables partidas de ajedrez. En el cuento titulado «Tacuara-mansión» (Los desterrados, 1926) lo describe con buen humor.⁽⁶⁾

Por la tarde, y antes de regresar a Posadas, visitamos a D. Juan Brun, que fuera amigo de Quiroga, quien lo trasladó a sus cuentos bajo el transparente seudónimo de Juan Brown. (Aparece, también, en «Tacuara-mansión».)⁽⁷⁾ Le habíamos enviado un mensajero para que se reuniera con nosotros en el Hotel antes de mediodía, así podíamos almorzar juntos. Pero no pudo venir. Fué fácil averiguar la causa: no tenía ropa presentable. Darío afir-

Folio 6v.

ma que ha llegado casi a la condición social de mensú. Tiene un campo pequeño y vive miserablemente. Nos recibió con mucho afecto y permitió que le tomáramos dos fotografías. (En ellas se puede distinguir claramente la enorme hernia causada por una cornada de toro.) Estaba muy interesado en los cuentos de Quiroga. Había terminado de leer el libro de Delgado y Brignole (Vida y obra de Horacio Quiroga, 1939). Yo le dejé un volumen de cuentos, el tomo II de la edición de Claudio García, y le prometí, en nombre del Instituto, el envío de más volúmenes. De todos los amigos de Quiroga que conocí en Misiones, Juan Brun era el único que parecía interesarse también por el escritor. Habían sido amigos íntimos. Eglé lo quería mucho —cuenta Darío— y cuando era chiquita no quería irse a dormir si no la acompañaba Juan Brun.

Al regresar a Posadas nos detuvimos, después de cruzar el Yabebirí, «río de las rayas», para tomar una fotografía desde la margen izquier-

da. Esa misma noche tomé el ferrocarril para Buenos Aires, donde llegué el domingo 22 a las 17 y 30; Darío se quedó en Posadas.

En la mañana del lunes 23 completé mis diligencias, devolviendo la máquina fotográfica, que tantos servicios prestara, a D. Carlos Vega a quien reiteraré, en nombre del Instituto, profundo agradecimiento. Saqué luego pasaje para Montevideo en el avión del martes 24 al mediodía. A las 14 y 30 del martes ya estaba en Montevideo.

Sin otro motivo, saludo al señor Director con mi consi-

Folio 7

deración más distinguida.

Emir Rodríguez Monegal

Notas:

⁽¹⁾Afirma Darío que es palabra grave y no aguda, debiéndose escribir, por lo tanto, sin acento.

⁽²⁾ El nombre fue comunicado por D. Julio E. Payró.

⁽³⁾ Véase «El Territorio», Año xxiv, N.º 8311, Posadas (Misiones), mayo 16 de 1949, p. 3, col. 3. (La noticia, publicada bajo el título de «Funcionario del Ministerio de Educación del Uruguay», contiene un involuntario error: afirma que yo viajaba acompañado por «nuestro amigo Horacio Quiroga»). También, en *El Día*, Año xxxvii, N.º 11656, Posadas (Misiones), mayo 16 de 1949, p. 8, col. 4. (La noticia se publica bajo el título: «Viajeros distinguidos»).

⁽⁴⁾ En el cuento citado Quiroga escribe: «Por entre los bananos, allá arriba, el hombre ve desde el duro suelo el techo rojo de su casa. A la izquierda, entrevé el monte y la capuera de canelas. No alcanza a ver más, pero sabe muy bien que a sus espaldas está el camino al puerto nuevo, y que en la dirección de su cabeza, allá abajo, yace en el fondo del valle el Paraná dormido como un lago».

⁽⁵⁾ En el cuento citado Quiroga lo describe así: «Van-Houten, su socio, era belga, flamenco de origen y se le llamaba al-

Folio 7v.

guna vez Lo-que-queda-de-Van-Houten, en razón de que le faltaba un ojo, una oreja y tres dedos de la mano derecha. Tenía la cuenca

entera de su ojo vacío quemada en azul por la pólvora. En el resto era un hombre bajo y muy robusto, con barba roja hirsuta. El pelo, de fuego también, caía sobre una frente muy estrecha en mechones constantemente sudados. Cedía de hombro a hombro al caminar, y era sobre todo muy feo, a lo Verlaine, de quien compartía casi la patria, pues Van-Houten había nacido en Charleroi».

⁽⁶⁾ En el cuento citado comenta Quiroga: «Servía (el bar) de infalible punto de reunión a los pobladores con alguna cultura en Iviraromí: 17 en total. Y era una de las mayores curiosidades en aquella amalgama de fronterizos del bosque, el que los 17 jugaran al ajedrez, y bien. De modo que la tertulia desarrollábase a veces en silencio entre espaldas dobladas sobre cinco o seis tableros, entre sujetos la mitad de los cuales no podían concluir de firmar sin secarse dos o tres veces la mano».

⁽⁷⁾ En «Tacuara-mansión» Quiroga lo describe así: «Brown era argentino y totalmente criollo, a despecho de una gran reserva británica. Había cursado en La Plata dos o tres brillantes años de Ingeniería. Un día, sin que sepamos por qué, cortó sus estudios y derivó hasta Misiones. Creo haberle oído decir que llegó a Iviraromí por un par de horas, asunto de ver las ruinas. Mandó más tarde buscar sus valijas a Posadas para quedarse dos días más, y allí lo encontré yo quince años después, sin que en todo

Folio 8

ese tiempo hubiera abandonado una sola hora el lugar. No le interesaba mayormente el país; se queda allí, simplemente, por no valer sin duda la pena hacer otra cosa.

«Era un hombre joven todavía, grueso, y más que grueso muy alto, pues pesaba 100 kilos. Cuando galopaba —por excepción— era fama que se veía al caballo doblarse por el espinazo, y a don Juan sostenerlo con los pies en tierra. En relación con su grave empaque, don Juan era poco amigo de palabras. Su rostro ancho y rapado bajo un largo pelo hacia atrás, recordaba bastante al de un tribuno del noventa y tres. Respiraba con cierta dificultad, a causa de su corpulencia. Cenaba siempre a las cuatro de la tarde, y al anochecer llegaba infaliblemente al bar, fuera el tiempo que hubiere, al paso de su heroico caballo, para retirarse también infaliblemente el último de todos. Llamábasele “don Juan” a secas, e inspiraba tanto respeto su volumen como su carácter».